

Mis primeros recuerdos con Luis de Pablo

JESÚS MARÍA CARNICERO IÑIGUEZ

* Este testimonio forma parte de un homenaje de *Sinfonía Virtual* a Luis de Pablo, fallecido el pasado 10 de octubre de 2021 con 91 años, que incluye también la recuperación del artículo “Una ópera pánica” (1966) de Fernando Arrabal, recordado en este texto y que publicamos con una nota del propio Arrabal en el presente número de la revista con el título “Una ópera pánica. Homenaje a Luis de Pablo”.



Los bulevares en Madrid datan casi todos de los siglos XVIII y XIX y han sido gloria y solaz de los madrileños que acostumbraban no solo a pasear por ellos, sino incluso a sentarse en las numerosas terrazas que los bares colindantes ponían allí; suponían además lugar de recreo de niños y descanso de los padres, pues solían tener algún impedimento para que no se pudiera bajar a donde pasaban los coches y demás vehículos que circulaban por sus arterias aledañas.

En uno de esos bulevares conocí a Luis de Pablo. Era el año 1965 y me lo presentó la pintora Marta Cárdenas, cuya casa familiar en Madrid yo frecuentaba por entonces dada mi amistad fraterna con Joaquín y Gonzalo de Cárdenas, primos de

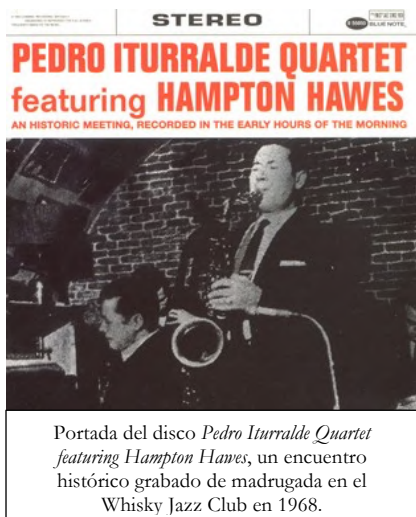
Marta. Y fue en el bulevar de la calle Velázquez, bulevar que iba por aquellos tiempos desde la calle Alcalá hasta la calle Diego de León, si no recuerdo mal.

Un día comenté con Marta y otros mi descubrimiento de un compositor joven del que acababa de saber por alguna revista. Enseguida Marta me preguntó si yo quería conocer a Luis de Pablo, pues tal era su nombre.

¡Y claro que quería conocerle! ¡Vamos, que era para mí lo más urgente del mundo! Con una mezcla de susto e ilusión me dispuse a la cita, que no se demoró. Uno o dos días después, Marta quedó con él y conmigo en un bar del bulevar de Velázquez, pues allí vivía Marta con parte de su familia y Luis con su madre y hermana, en una casa de los primeros números de la misma calle.

En aquél primer encuentro Luis debió interesarse por mi conocimiento de la música, pues recuerdo que le conté mi descubrimiento de Stravinski, que había tenido lugar no hacía mucho, ya que mis señores padres me habían regalado, junto a una pickup bastante aceptable, una colección de elepés de Historia de la Música de la que recuerdo que contenía a Monteverdi, Bach, creo que algún español antiguo que no recuerdo, Haydn, Mozart, Beethoven, Bartok, Falla y, sobre todo, la *Consagración de la primavera* de Stravinski, que supuso para mí el primer bombazo musical moderno. Creo que conté a Luis el mareo que tuve la primera vez que la escuché y mi emoción, que lejos de olvidar se ha ido acrecentando tanto que creo que hoy mismo sigo en el mismo enamoramiento de esta pieza.

Luis se mostró toda aquélla tarde muy atento a mis intereses y empezó a brindarme algunas correcciones a mis comentarios, tal como deshacer confusiones entre parecidos de músicas por usar ambas el mismo instrumento solista, etc., errores que yo entonces cometía.



También le hablé de alguna música dodecafónica que creo que había oído en la radio, aunque no supe decirle quién podía ser su autor, dado mi desconocimiento total del tema. Mi impresión fue que Luis era la persona más amable y cercana que yo había conocido en mi vida. Y claro, esto fue decisivo para mi total entrega a su magisterio.

Recuerdo todavía que ese día le hable de mi pasión por el jazz que yo cultivaba desde el descubrimiento con varios amigos del mítico Whisky Jazz de la calle Marqués de Villamagna. Luis me mostró su escaso interés por entonces hacia esa música, aunque eso no consiguió mermar mi enorme afición por el jazz, que he fomentado desde entonces. Incluso trabajé escribiendo reseñas de conciertos o audiciones públicas de discos para jóvenes ya hacia 1965.



Fotografía incluida en el libro de Luis de Pablo, *Lo que sabemos de música*, Gregorio del Toro, Madrid, 1968.

Aún puedo recordar a Luis francamente preocupado y hasta indignado, pues creía que dedicarse a la música debía tener su correspondiente compensación económica. Pronto recibiría el mecenazgo de la familia navarra Huarte.

Una de las cosas que Luis me anunció fue que estaba preparando una asociación para la difusión de la música contemporánea en Madrid que se iba a llamar Alea, y que iban a financiar los Huarte. En efecto, Alea se creó en 1965 dando sus primeras audiciones en el Instituto Francés de la calle Marqués de la Ensenada de Madrid, donde años antes yo mismo había sido alumno de lengua francesa.

Sé de la importancia de Alea en la vida musical de Madrid y de España. Para mí fue simplemente el pasaporte a otro mundo. Allí pasé de Beethoven y Stravinski a conocer la música que se estaba haciendo en España, en Europa, en el mundo, a pie de obra e interpretada por los músicos que entonces hubiera disponibles. Esta era una de las grandes quejas de Luis, pues era sabida la poquísima o nula preparación del intérprete español de la época para hacerse con aquella música. Guardo el primer programa de Alea de noviembre de 1965, donde se podía leer:

Director: Luis de Pablo.

Secretario [sic]: Isabel Martínez Mariscal.

Viñeta de Eusebio Sempere.

Además, se anunciaban los conciertos y conferencias hasta mayo de 1966. No me resisto a incluir el primer programa del concierto, relativo a diciembre de 1965:

For grilly de Franco Donatoni (estreno en España).

Kreuzspiel de Karlheinz Stockhausen (estreno en Madrid).

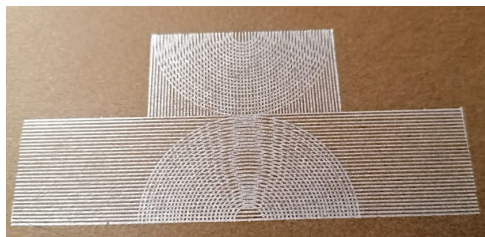
Estrofas de Enrique Raxach (estreno en España).

Roulis-tangage de Tomás Marco (estreno absoluto).

Módulos de Luis de Pablo (estreno en España).

Conjunto de solistas. Director: José María Franco Gil.

La viñeta de este y los números sucesivos era un dibujo maravilloso y propio de la época. Ese “Módulos” de Luis era Módulos I, pues compuso luego hasta Módulos V. Entre los solistas estaba Gerardo Gombau al piano, del que luego se estrenarían algunas obras, ya que Luis le tenía en gran estima como compositor y como persona.



Viñeta de Alea, original de Eusebio Sempere, incluida en el programa de concierto de 1965.

El bulevar de la calle Velázquez vuelve a escena al recordar la relación de Luis de Pablo con Fernando Arrabal. Este fue el primer escritor con el que contactó para hacer una ópera conjuntamente, pero el libreto que le presentó era demasiado largo; era simplemente inutilizable, según manifestó el propio compositor más adelante. Guardo el artículo que Arrabal escribió para *ABC* titulado “Una ópera pánica”. Creo que fue también hacia 1966. El caso es que Arrabal, que aquellos días estaba por Madrid, había firmado en un libro una dedicatoria en la que puso “Me c. en la patria”. Inmediatamente, fue arrestado y juzgado por blasfemia. Él dijo que lo que había escrito era “Me c. en la Patra”, y que la tal Patra era su gata que tenía en París. Luego “fué y no hubo nada”, y entremedias yo lo encontré en el citado bulevar, entre las calles de D. Ramón de la Cruz y Lista. Sería el mes de julio o agosto, la canícula madrileña echaba bombas y Arrabal sentado en una terraza



Página del artículo de Fernando Arrabal en el diario ABC del 24 de noviembre de 1966, que hemos recuperado como “Una ópera pánica. Homenaje a Luis de Pablo” en el nº 42 de *Sinfonía Virtual*, con una breve nota del propio Arrabal.

y con un jersey grueso que le subía hasta el cuello y tan campante. Aquella imagen aseguraba que el protagonista bien merecía el título de pánico.

Las conferencias de Luis entre noviembre y diciembre de 1965, tituladas “Cinco disertaciones sobre una posible estética de la música actual, por Luis de Pablo”, fueron las siguientes:

1. Necesidad o gratuidad.
2. La afirmación personal.
3. Una cierta validez.
4. Criterios históricos.
5. Criterios técnicos.

Luis era entonces propenso a decir que lo suyo no era hablar sino hacer música. Pero oírle hablar de música (o de cualquiera otra cosa) era para mí un placer. No es que no hablara bien, es que decía todo con una propiedad y un deseo tan grande de hacerse oír, y hacer que los otros tuvieran placer en oírle, que lo conseguía a base de una simpatía honda que le salía de las entretelas mismas.

No he dicho que Luis de Pablo y yo estuvimos haciendo el bachillerato en el mismo colegio, como descubrimos un día. Luis era una persona con muy diversos intereses. Un buen día, me acerqué a nuestro antiguo colegio y tuve acceso a los registros de alumnos, y allí pude

ver que las notas de Luis de Pablo Costales estaban llenas de sobresalientes. En ciencias naturales tenía las mejores calificaciones. Era el colegio de los Sagrados Corazones de la calle Villanueva de Madrid, cerca de casa de sus padres y de los míos. Condiscípulos... aunque yo catorce años después.

Luis me dio a conocer el *Doktor Faustus* de Thomas Mann. En noches de vela la devoré. Pero no me olvidé de *Ficciones* de Borges, que él me prestó en edición de EMECÉ.

Alea continuó hasta su participación en los “Encuentros” de Pamplona de 1971, convocatoria para expandir las nuevas facetas del arte en España y que alguien ha considerado “el Big Bang del arte contemporáneo español”. Pero, ¡ay, dolor!, el régimen franquista los consideró extremadamente peligrosos y la ETA consideró que eran un apoyo al régimen. Los Huarte se hartaron y de consuno con Luis de Pablo acabaron con Alea.

En aquellas sesiones de Alea se encontraban siempre gente como Carmelo Bernaola, Cristóbal Halfter, Gerardo Gombau, Ramón Barce... y, por supuesto, Marta Cárdenas, con la que al cabo del tiempo Luis se casó.

Luis se fue a dar clases a Estados Unidos y a Canadá, lejos de donde le asaeteaban.

La posterior historia de estrenos, éxitos y momentos peores fue una sucesión firme y constante. Daré cuenta de un concierto al que asistí como a tantos otros. Me refiero al estreno de “Imaginario II” para gran orquesta en el Teatro Real en 1968, cuando aún no se había habilitado para casa de la ópera. Dirigía la orquesta Odón Alonso, y al acabar y salir a saludar llamado por el director, fueron tales los abucheos y demás escarnios de aquella parte brutalmente conservadora del público que los que estábamos al lado de Luis de Pablo nos rompimos las manos mostrando nuestro apoyo. Ahí aprendí a aplaudir. En los conciertos de Alea no hacía falta tal derroche, pues todos estábamos sedientos de música nueva, o quizá simplemente era gente educada.

Esto es únicamente un ramillete de primeros recuerdos personales. En los primeros días del pasado mes de octubre me desperté un día con un pensamiento inusual: Luis de Pablo, me dije, quizás haya muerto. Al día siguiente recibí una llamada de mi hermano Emilio comunicándome la noticia.

